

P. MIGUEL ÁNGEL FUENTES

CARTA A UN AMIGO
ESCLAVO DE LA LUJURIA

La carta de mi amigo...

Un lugar del mundo, 15 de agosto de 20...¹

Estimado Padre y amigo:

Te doy gracias de antemano, no importa cuán mucho o poco puedas ayudarme.

Al escribir estas líneas estoy llorando, y no es la primera vez en los últimos años. Estoy desesperado aunque no soy depresivo. No sé qué hacer conmigo mismo. No sé por dónde comenzar pero me he decido a decirte lo que me sucede, aunque se me caiga la cara de vergüenza. Le leído tu libro “La trampa rota” y los casos que relatas me han ayudado tanto, sobre todo en aquellos que son practicantes católicos y padecen lo mismo que yo. Son un espejo de mi alma.

He llegado casi a la mitad de mi vida; estoy casado con una gran mujer; tengo una profesión y me destaco en ella; soy admirado y querido por muchos; algunos me consideran una persona exitosa y quizá hasta me envidian.

Pero soy un esclavo. Esto lo sé solamente yo. Es mi otra vida. Mi doble vida.

Para hacer todo esto lo más breve posible debo decirte que me masturbo desde muy joven. También en mi adolescencia me inicié en la pornografía; lamentablemente mi padre tuvo parte de culpa, porque casualmente descubrí algunas revistas que él guardaba y a escondidas comencé a alimentarme con ellas en mis momentos de ocio haciéndolas ocasión de mis pecados solitarios. Mi comunicación con él, por otra parte, casi no existió; jamás se fue de casa, lo que le agradezco infinitamente, pero estaba allí como un mueble más. En la mesa sólo se hablaba de problemas económicos, se contaban chismes, se criticaba a otros... y se veía televisión. Y después de comer se veía televisión. Y cuando no sabíamos cómo llenar el tiempo, se veía televisión. El “jefe de familia”, en mi casa, fue siempre la televisión, “padre y madre” mío y de mis hermanos.

¹ Esta carta es real, aunque he cambiado las circunstancias para imposibilitar la identificación de su autor. En los últimos diez años he recibido numerosas cartas de parecido tenor.

También fui un enamorado. Pensé en novias, me enamoré de vecinas, de compañeras, de conocidas, sin concretar nunca nada. Pero con ellas alimentaba mi fantasía y mis pecados.

Después pasé a ver las primeras películas pornográficas en casa de unos amigos. Desde entonces me esclavizan.

Fui al colegio y recibí una buena educación. También en la universidad. Pero siempre con esta segunda vida a cuestas. Durante algunos tiempos me confesaba pero sin cambiar sustancialmente de vida; y volvía siempre a lo mismo. Pornografía y masturbación.

Me puse de novio varias veces y llevé mal los noviazgos; sin llegar a relaciones sexuales, había frecuentes caídas en roces, besos, abrazos y mis consiguientes impurezas solitarias. Se me hizo muy difícil tener encuentros limpios con mis novias. En ese entonces comencé a frecuentar prostitutas de vez en cuando.

Hasta que me puse de novio con mi actual esposa, a quien respeté todo cuanto pude. Seguí con mi drama oculto, incluso haciéndome alguna que otra escapada a un prostíbulo, pero a ella la respeté. Y pensaba siempre que el matrimonio solucionaría mi problema.

Me casé y tuvimos un comienzo muy feliz.

Pero mi problema no se solucionó. Más aún, mis malos hábitos hacían que nuestras relaciones no me llenaran. Me había acostumbrado más a la masturbación y a la pornografía que a darme totalmente a una persona, a pesar de que considero que amo mucho a mi esposa.

La insatisfacción me hizo frecuentar más los prostíbulos; especialmente cuando tenía que viajar solo. Y crecieron mis otros problemas, especialmente la pornografía.

Generalmente esto me sucede cuando me siento estresado o angustiado. En realidad esto ha ido cambiando; al principio lo buscaba yo de manera deliberada, pero con el correr del tiempo los impulsos me nacen solos y parecen irresistibles. Muy pocas cosas hacen falta para que se desencadenen; el estrés, como te decía, o una tentación, una fotografía más o menos subida de tono, una escena en una película; pero también me sucede después de una discusión con mi esposa, o en momentos de tensión, o simplemente porque no puedo dormir, o porque paso cerca de mi oficina y veo, tras la puerta abierta mi computadora encendida. Me asusta el pensar que cualquier cosa desatará esta tormenta una y otra vez.

Han pasado los años; ya no soy para nada joven, y en mi alma soy más viejo de lo que piensan los demás.

Más arriba te decía que soy un esclavo. Lo he sido por muchos años, pero siempre lo negué. Siempre quise creer que era algo que podía manejar, que lo hacía porque quería, como un escape de mis problemas o para distender mis tensiones, pero me decía a mí mismo que cuando yo quisiera cortar cortaría. Mentía. Quise cortar muchas veces y no pude, o lo conseguí por un breve tiempo, volviendo siempre a empezar. Y nunca quise aceptar que ya no tenía libertad; ni siquiera aceptaba que tenía un problema. Cuando comencé a perder muchas cosas buenas que he amado desde siempre por culpa de estos vicios, también empecé a tener que aceptar que esto no es nada más que una diversión pecaminosa o una vergüenza escondida. ¡Creo que no soy libre!

Podría abundar en detalles, pero he querido resumir un drama enorme en la menor cantidad de líneas posibles.

Me siento gastado, esclavo, inútil. No tengo ganas de vivir. No sé por qué pelear ni por donde empezar. No sé si he tocado fondo, pero pienso que mi doble vida en cualquier momento saltará a la luz; es muy difícil tapar el sol con una mano. Y cuando se sepa, perderé lo poco que me queda de cuanto más quiero.

Dime lo que puedo hacer.

He leído tu libro. Me tomo el atrevimiento de pedirte que me “bajes algunas líneas” aplicadas a mi caso. Es claro que no pido sanaciones automáticas.

Simplemente, como amigo, recuérdame lo que ya sé y dame motivos para hacerlo.

Y reza por mí.

Firmo con el pseudónimo Saulo, con la esperanza de que pueda convertirme y ser Pablo.

P/D Si te es útil usar este testimonio para ayudar a otros, hazlo, pero trata de que no pueda saberse quién lo escribió.

Querido “Saulo”:

El paso más importante es el que has dado: tomar conciencia de que tienes un problema grave. Aunque todavía estés muy lejos de la solución, has puesto el pie sobre el sendero correcto. Muchos ni siquiera comienzan.

Has vivido durante mucho tiempo atrapado por dos esclavitudes: la del sexo y la de la negación de tu problema. Sin romper esta segunda cadena, la primera nos atará y degradará cada vez más. La inmensa mayoría de los esclavos ignoran que lo son.

Más aún, la negación tiene sus consecuencias, la más seria de las cuales es volvernlos ciegos a muchas cosas. Tú piensas que ahora ves. Es cierto, ves algo que antes no veías. Pero te advierto que seguramente tienes todavía mucho por descubrir. Estoy seguro, porque lo he visto en otras personas heridas por el mismo flagelo que a ti te golpea, puede ser que haya mucho más barro en tu fondo del que imaginas. Tiempo al tiempo. Cuento con que irás viendo más claro a medida que trabajes; pero mi advertencia tiene un sentido: prepara tu corazón a trabajar mucho y a luchar muy duro, si quieres salir de esto.

¿Puedes salir? Confío en que puedes. Eres inteligente y has logrado muchas cosas en la vida. Y tienes de tu parte a Dios, que es Padre y no abandona a quien pide su auxilio.

Esta carta, evidentemente, no puede darte todos los elementos para tu trabajo; pero lo que me pides es que te ofrezca una palabra de aliento y te recuerde algunas verdades fundamentales al respecto. Intentaré hacerlo, y espero de Dios que estas líneas puedan orientarte a ti y a otras personas, ya que tan gentilmente me permites que la use en bien de otros.

Tu problema

¿Tienes un vicio o una adicción? Entiendo por vicio un hábito malo arraigado, y por adicción un hábito o un conjunto de hábitos que ha terminado por comprometer seriamente la psiquis de la persona, al modo de una enfermedad. En tu caso dejaremos a los especialistas la tarea de delimitar si es una cosa o la otra; pero es indudable que no se trata de un vicio común y corriente; tiene rasgos adictivos; por ejemplo, la doble vida que durante años has llevado (o sigues llevando quizá), el hábito de la negación y de la mentira que has desarrollado para poder proteger esta doble vida, la incapacidad que has experimentado al intentar detener esta locura y la enorme cantidad de detonadores que ponen en marcha tu ciclo esclavizante. Para enfrentar el problema podemos servirnos de cuanto enseñan los que luchan contra adicciones propiamente dichas.

Mencioné el término “ciclo” porque así es como lo experimentas. Una experiencia determinada (por ejemplo, ver una imagen, tener un recuerdo, o incluso la aparición de ciertos sentimientos y estados de ánimo) desencadena una serie progresiva de actos sobre los cuales parece no tener gran dominio. A la *obsesión* inicial sigue una especie de *búsqueda ansiosa* de aquello de lo que se espera el placer (que siempre está magnificado en la imaginación del esclavo sexual); por lo general está *búsqueda* se realiza —en el caso de los adictos— de una manera siempre igual, creándose como una especie de ritual (en el fondo se trata de *estirar* la duración del acto sexual porque se sabe que el orgasmo sexual es algo fugaz). Estos actos terminan en el placer sexual que, como acabo de decir, es de una duración efímera, para dar paso, a continuación, a un retorno de la normalidad (es decir, cesa la obsesión), originando sentimientos negativos: *remordimientos* y *vergüenza*, *justificaciones* (“no pude evitarlo”, “no podía hacer otra cosa”, “estaba muy alterado”), *recriminación* (“es culpa de mi esposa que se ha vuelto indiferente conmigo”, “la culpa la tiene mi jefe que me suspendió en el trabajo”, “el culpable es mi padre..., el agotamiento..., el estrés...”), *promesas* (“no lo voy a hacer nunca más”), etc. Y así se mantiene la persona hasta que nuevamente otra circunstancia vuelve a disparar el ciclo.

Incluso este mismo estado de sentimientos negativos puede predisponer y renovar la obsesión. ¿Por qué? Porque quienes han

llegado a este estado son personas que, por diversos motivos, han descubierto el “placer” mientras intentaban huir de sus sentimientos de excitación, descontento, soledad, tristeza, aburrimiento o vacío interior. Al comienzo los instantes de placer parecían disipar las nubes del tedio interior, la bronca, el sufrimiento o la falta de amor. En lugar de enfrentarse virilmente al dolor, descubrieron, quizá casualmente, este atajo fácil hacia un placer inmediato (que para alguno pudo haber sido un trago de vino, para otro un cigarro de marihuana, para este la masturbación y para aquel otro navegar entre pornografía). Todos los que así actúan crean un camino esclavizante que produce un goce pasajero y un adormecimiento temporal de su dolor, pero que al poco tiempo vuelve a resucitar renovando el vacío del que se había escapado, o uno peor; y de este nuevo estado sólo se sabe huir... haciendo nuevamente el mismo camino hacia el vicio.

De todos modos, Saulo, la existencia de este doloroso círculo (que todo adicto puede constatar, si es sincero consigo mismo), supone la de otro más *profundo* que es el que verdaderamente alimenta todo este problema de esclavitud. Podemos llamarlo “caldo de cultivo adictivo”. Está formado por un circuito con cuatro bases. La *primera* es el punto de partida de todo el drama existencial y consiste en un conjunto de ideas equivocadas pero profundamente arraigadas en el corazón del alma esclava; son ideas que afectan realidades fundamentales de la vida, como por ejemplo “que Dios no existe o, al menos, no se interesa de nosotros”, “que el mal y el dolor no tienen sentido alguno”, “que el amor verdadero no existe”, “que el único fin de nuestra vida es el placer y el éxito”, “que en la vida todo es cuestión de buena o mala suerte”, “que el matrimonio tiene sentido mientras las personas se gustan o se llevan bien”, “que los hijos son una carga”, etc. Podríamos indicar cientos de conceptos totalmente erróneos que conforman, lamentablemente, el sedimento podrido de todas las culturas que se construyen al margen de los principios de Dios o del Evangelio y de la Iglesia. La persona convencida de algunos de estos principios pasa espontáneamente a una *segunda* base, que consiste en forjarse un conjunto de *pensamientos* increíblemente *dañinos* sobre sí misma: “Dios no me quiere”, “no valgo nada”, “mi vida es un sinsentido”, “soy un fracaso”, “para mí es imposible la felicidad”, “los demás se aprovechan de mí”, “nadie me ama, tan solo me usan”, “más vale morir que vivir”, etc. Como verás, todos estos juicios negativos son aplicaciones personales de las ideas erróneas

aceptadas anteriormente. Si nuestra cultura está compuesta por aquél sedimento, ¿puede extrañarte que tantas personas tengan una mirada pesimista y hasta suicida de sí mismas? La *tercera* base es la consecuencia lógica de estos pensamientos: es un estado de tremenda *fragilidad*. ¿Qué hace falta para quebrar una persona que tiene la cabeza llena de estos negros sentimientos? ¡Un soplo! Pues bien, ese soplo desencadena la *cuarta* base, que es el estado de *postración* (de vacío, hastío, depresión, inutilidad, agobio, confusión, dolor, etc.). Una vez en este estado basta poca cosa para encender la mecha de la obsesión que desencadena el círculo de esclavitud que mencionábamos más arriba y del que tú tienes experiencia dolorosa y personal.

Te cuento esto porque la única forma de romper estas cadenas es comenzar por corregir todo lo que esté equivocado en nuestro modo de pensar, especialmente en tres puntos: el concepto que te hayas formado de Dios y de las realidades divinas (su ley, sus mandamientos, la vida de la gracia, etc.), el concepto que te hayas hecho del prójimo, y el que te hayas forjado sobre ti mismo. Esto no es tan fácil como suena, porque a partir de esos conceptos has tomado decisiones y has realizado numerosos actos que se han convertido, ya, en hábitos profundamente arraigados; y arrancar hábitos no es desenterrar zanahorias; se parece más a extraerse una bala anidada cerca del pulmón. Pero, como han enseñado incluso los viejos filósofos paganos, se puede. Y si añadimos la gracia de Dios, que siempre nos ofrece el Señor, con mayor razón.

Tu libertad

En tu carta, a menudo hablas de esclavitud. Tienes razón, eres esclavo de los diversos vicios del sexo desordenado que mencionas en tus líneas (masturbación, pornografía, prostitución, infidelidad) y de otros que se sobreentienden (mentiras, doble vida, pensamientos dañinos, etc.).

Sin embargo, me apuro a decirte que, si no has traspasado las barreras de la locura (y confío que no, porque no escribes como un perturbado, ni mucho menos), tienes entonces un núcleo de tu libertad que todavía puede ayudarte a salir a flote *con la gracia de Dios* que sana y eleva nuestra naturaleza.

Pero si es así, ¿por qué tantos no lo consiguen? ¿Es porque no se puede o porque no se quiere? Sin duda algunos no pueden salir porque su desequilibrio se ha hecho tan profundo que, de algún modo, han perdido la conexión con la realidad. Pero en muchos casos debemos reconocer que se mezcla una buena cuota *de no querer*. ¡Y me refiero, incluso, a algunos que dicen querer salir y lloran y declaman que quieren sanar! No; no es tan claro que quieran salir. Parecen al pianista del barco que se hundía y que quería salvarse llevándose el piano. ¿Quería salvarse? Quería salvarse “llevándose el piano”: pero en un naufragio, esta estúpida cláusula, imposible de cumplir, equivale a no querer salvarse. Así también hay muchos que quieren salir de sus dramas sin perder nada o perdiendo muy poco. Con frecuencia esto lo torna imposible. No te engañes: quien llegó a este punto *debe pagar un precio muy alto* por su curación. El precio es una conversión *total y si cuartel*. Implica un cambio radical de vida, un corte sustancial con todo cuanto tenga cualquier relación con su problema. Me contaba un sacerdote norteamericano con gran experiencia ayudando a adictos, el diálogo que había mantenido con una persona quien, después de haber recibido un ultimátum de no volver a ver pornografía por Internet, había reincidido:

- *Querido amigo, esto significa que, de ahora en más, jamás has de volver a usar Internet para ninguna cosa.*
- *Entiendo, Padre, pero usted comprenderá que eso, en nuestra época, no es posible; todas las comunicaciones implican Internet, mails, etc...*

— *No, amigo, el que no entiendes eres tú. Esto tiene que ser posible, sí o sí. Lo que te estoy diciendo es que la inmensa gravedad de tu problema y el punto al que hemos llegado de deterioro de tu voluntad, ya no deja ninguna alternativa: es absolutamente necesario que te olvides de Internet, si pretendes tener al menos alguna esperanza de sanar. Tu última recaída fue también la última oportunidad que tenías, y la perdiste.*

Quizá también tú tengas que renunciar a tu computadora o debas limitarte a usarla en el comedor de tu casa y siempre y cuando estén rondando por allí tu esposa y tus hijos, o no puedas viajar por tus negocios solo sin la compañía de tu esposa, o debas olvidarte para siempre de ciertos amigos, o tengas que cambiar de trabajo, o tengas que regalar tu aparato de televisión, o debas resignar tantas otras cosas. “¡No puedo, es imposible, eso me es necesario!” Bien: ahí tienes el obstáculo principal. Porque no se trata de que puedo o no puedo, o de que es un sacrificio enorme, sino de que, a esta altura del problema, ya no hay alternativas: o todo o nada.

Escribe en un papel todo lo que estás dispuesto a dejar, llegado el caso de ser necesario y todo lo que te parece excesiva renuncia. En realidad debes poner una sola palabra: “RENUNCIO A TODO LO QUE DIOS ME PIDA”. Si piensas que hay cosas de las que no puedes desprenderte (fuera, evidentemente, de tu esposa y de tus hijos, y de lo que manda la ley de Dios), entonces no estás listo y quizá no lo estés nunca. Y esto testimoniaría que la causa de tu tragedia no es la mala suerte, ni la desgracia, ni el destino, sino el mal uso de tu libertad; el no haber querido *renunciar* a algo que debías renunciar. El fumador empedernido que muere de cáncer al pulmón no tiene mala suerte, sino que elige su mal fin. No es carencia de libertad sino un pésimo uso de su libre albedrío.

Algunas cosas acerca de tu problema

Te dije más arriba que con los datos de tu carta no puedo decir si ya tienes un problema adictivo o si todavía no has llegado a tanto. Pero en caso de que sea una adicción, déjame recordarte algunas cosas al respecto.

La primera es que es un problema *progresivo*. No pienses que va a detenerse por sí sólo. Por el contrario, siendo un hábito vicioso, tenderá a reforzarse con cada nuevo acto, arraigándose más profundamente. De la misma manera que cada vez que practicas inglés dominas mejor esta lengua, y cada vez que tocas piano los movimientos de tus manos se van automatizando más y mejor, lo mismo sucede con tus malas costumbres. Se van *inveterando*, y, como ya sabes, los hábitos viejos son como una segunda naturaleza. Además se puede dar un segundo modo de progreso: el salto de un nivel (de gravedad) a otro (más peligroso). El sexo produce placer, pero se trata de un goce efímero que, cuando no es parte del amor verdadero (solo posible dentro del amor conyugal), deja paso a una profunda frustración; de ahí que se establezca una especie de *persecución obsesiva* del placer ideal, porque siempre permanece la utopía de que, si en vez de hacerlo como la última vez, lo hago de tal o cual manera, o con tal o cual persona, o en tal o cual momento, la cosa será distinta y por fin se alcanzará ese éxtasis tan deseado y nunca realizado; es el mismo caso del jugador empedernido que, tras haber perdido su dinero cientos de veces, vuelve a decirse: “esta vez será distinto y quizá gane todo lo que he perdido y me haga rico”. Por eso, sin darse cuenta, la persona va pasando de un comportamiento desordenado a otro *más desordenado*. Los que buscan pornografía saben muy bien esto; también los que han ido pasando de unos comportamientos sexuales sin grandes riesgos a otros cada vez más riesgosos. Muchos adictos me han confiado que muchas cosas que años atrás juraban y perjuraban que jamás harían, terminaron siendo, más tarde, sus costumbres habituales. Un adicto me dijo una vez: “cuando fui a mi primera terapia con un grupo de personas que luchaba con la adicción al sexo, uno de los que allí estaban me dijo: «Amigo, lo nuestro, si no lo curamos radicalmente, termina en uno de tres lugares: la cárcel, el manicomio o el cementerio»”.

Lo segundo que quiero que tengas presente es algo que ya te dije más arriba: es probable que todavía no hayas llegado a la sinceridad total. La adicción (y los vicios en general) se protegen mediante la mentira y la simulación. Y la mentira exige más mentiras para no dejar cabos sueltos, y a la postre se miente tanto que el mentiroso termina por engañarse a sí mismo creyendo que sus mentiras son verdades. Gran parte de tu trabajo ha de consistir en el esfuerzo por sincerarte, por atarte a la verdad total.

En tercer lugar, te recuerdo tres obstáculos principales para solucionar este problema. Uno es el *orgullo* que se manifiesta en los caprichos, en la exaltación de sí mismo, en la falta de obediencia y docilidad a quienes quieren y pueden ayudarnos, en el juicio propio (es decir, el querer seguir el propio parecer en todo, cuando, precisamente, debemos desconfiar de la objetividad de nuestros juicios por ser juicios de un enfermo), etc. Si quieres curar, has de ser *muy* humilde y humillarte profundamente; pide a Dios esa virtud fundamental. Otro es la *superficialidad*, cáncer de nuestro tiempo. No hay curación sin trabajo a fondo, hasta las últimas raíces. El superficial huye de la profundidad, es inconstante, abandona lo comenzado, cree que ya hizo mucho cuando apenas ha dado un paso, piensa que ya consiguió solucionar su problema cuando no ha habido más que una precaria mejoría, etc. ¡Exígete ser profundo! El último es el *desánimo*, el cansancio, la desmoralización que nace de ver la lentitud de nuestros pasos o, incluso, del experimentar fracasos y caídas a lo largo del camino. Te aviso de antemano que el sendero es largo y a menudo cubierto de espinas; no siempre caminarás recto ni cómodo; pero no dejes que esto te abata. En los momentos duros, piensa en Jesús camino al Calvario; también Él sufrió mucho y cayó varias veces, pero se levantó para continuar hasta el sacrificio supremo.

Finalmente, ten presente las consecuencias de toda adicción. Estas pueden afectar todos los ámbitos de la vida humana dejando secuelas *físicas* (enfermedades de transmisión sexual, envejecimiento prematuro, daños de diversa índole), *psíquicas* (debilitamiento de la voluntad, abulia y esclavitud psíquica, disminución de la lucidez, embotamiento mental, depresión, angustia, y hasta locura), *laborales* y *económicas* (endeudamientos, pérdida del trabajo, fracaso profesional, bancarrota y miseria), *sociales* (ruina de la buena fama, cárcel), *familiares* (ruptura matrimonial, abuso y humillación del cónyuge, daños en los hijos, aislamiento, abandono, violencia, infidelidad,

adulterio, contagio de enfermedades sexuales al cónyuge inocente, etc.; tanto afecta que un especialista ha dicho que “la adicción sexual es una enfermedad familiar”). Lucha ya mismo, para que esto no se haga realidad.

Para salir

Para salir necesitas ayuda. La de Dios, ante todo, que te la ofrece por medio de los sacramentos de la Iglesia: confesión y comunión frecuente y a través de la oración incesante.

También la de los hombres. Necesitas un amigo; alguien en quien confiar y abrir tu alma. Pero de nada te servirá tener un confidente o muchos, *si no les haces caso* o si haces como los necios que, cuando su consejero le dice algo que no les gusta, consultan con otro y van recorriendo el espinel a ver si encuentran uno menos intransigente. Por eso, si alguien acepta ayudarte, debería hacerlo *solo a cuenta de tu obediencia incondicional*. Y si empiezas a incumplir con lo que te hayas obligado ante él, después de un par de oportunidades de recomenzar el trabajo, debería renunciar a su labor. De lo contrario solo contribuiría a que crezcas en tu engaño. Sé de personas que creen estar “saliendo” de su problema, cuando lo que ocurre es todo lo contrario: vuelven una y otra vez a lo mismo. En esos casos la única forma de hacerle pisar la realidad, es romper con esta farsa.

Si hay adicción propiamente dicha y arraigada necesitarás un grupo de apoyo. Así como existen los *Alcohólicos Anónimos* para ayudar a los adictos al alcohol, también existen grupos de *Sexólicos Anónimos*. Ten en cuenta que no todos los grupos te ayudarán correctamente a menos que se guíen fielmente por las enseñanzas morales de la Iglesia. En este tema la cuestión es delicada, porque hay algunos que piensan que el problema sexual no está en la práctica desviada de la sexualidad sino cuando esta se ha ido de las manos. Así nos encontramos con grupos que pretenden ayudar a una persona homosexual a llevar una vida homosexual activa pero “controlada”, es decir, con una pareja estable; lo mismo se diga para otros comportamientos desordenados. De esta manera no se soluciona nada, porque no te salvará el vivir moderadamente en el pecado sino el salir del mismo. Has de buscar un buen grupo, y difícilmente perseverarás en tu propósito si no estás apoyado por uno, porque te desanimarás, o volverás a lo mismo de antes. El grupo te dará fuerza, te exigirá que cumplas con tus propósitos, y te protegerá de tus propias debilidades. Algunos poquísimos consiguen salir sin este medio; pero muchos jamás lo consiguen solos. *No caigas en la presunción diabólica de*

pensar que tú eres de aquellos pocos; sé humilde, baja el copete y pide ayuda.

Para salir necesitas un *método*, es decir, un *programa de trabajo*. Te sugiero precisamente el que usan muchos de esos grupos que acabo de mencionar y que fue elaborado por los fundadores de *Alcohólicos Anónimos* (enfermos ellos, pero que, gracias a ese trabajo salieron del infierno en que vivían). Se lo conoce como programa de los Doce Pasos. Tú ya has leído sobre él en mi libro². Ten en cuenta que sus líneas fundamentales te ayudarán, *si las practicas a rajatabla y solo si lo haces así*, incluso si tu problema no ha llegado todavía a ser adictivo. No te hablaré de cada uno de esos Pasos, para no repetirte lo que ya sabes. En todo caso reléelos, o búscalos en otros libros sobre el tema. En lo que sigue sólo pondré de relieve algunos aspectos que hacen al *espíritu* con que debe ser enfrentado tu problema.

Por encima de todo esto, para salir tienes que tener un buen motivo, es decir, algo que dé sentido a tu lucha. Sin motivos de peso no superarás el obstáculo del desaliento cuando éste sobrevenga. Dios y tu familia son dos excelentes motivos. El primero es la salvación de tu alma y el no defraudar a Quien ha muerto por ti en la cruz. Tu esposa y tus hijos son el segundo. Si tú te hundes, es probable que los hundas a ellos. Si tú sanas, los preservas a ellos. La adicción de un esposo o un padre ha sumido en la desesperación, en la miseria, en la vergüenza y en el abandono a muchas esposas e hijos. No seas tú la causa de la ruina de los que amas. Que el amor por ellos te dé fuerzas para luchar contra tus cadenas. Una vez que descubras algo que dé sentido a tu lucha, debes *tomar decisiones llenas de sentido*, renunciando a lo que tengas que renunciar y aceptando lo que sea necesario para tu curación y conversión. Finalmente, has de *mantener* esas decisiones contra los enemigos que indudablemente han de surgir en tu camino: el desánimo, el cansancio, los posibles retrocesos o fracasos, los miedos, las tentaciones. ¡Prepárate para todo esto!

² Se refiere a *La trampa rota. El problema de la adicción sexual*, San Rafael (2008).

Lo que no puedes

Los que han luchado con éxito contra otras adicciones como, por ejemplo, el alcohol, insisten en que el primer paso indispensable para recuperarse en serio, es romper el falso sentimiento de “poder” que genera todo adicto. Me parece que esto vale, en cierto sentido, también para quienes tienen un vicio muy arraigado, aunque no sean adictos (todavía). Este sentimiento de “poder con nuestro problema” no siempre es consciente; a menudo se agazapa en la resistencia a dejarse ayudar o a reconocerse esclavizado. Muchas personas piensan que su problema es cuestión de “conversión”; y evidentemente *también* es una cuestión de conversión, pero *además* es algo más que eso: la verdad es que su problema se le ha ido totalmente de las manos, y si quiere salir de él, tendrá que ponerse en otras manos y abrir su corazón a quienes puedan ayudarlo; deben *dejarse ayudar*. La vergüenza a reconocer este estado de postración, el tener que abandonar una fachada forjada durante muchos años, el miedo a sentirte señalado como un enfermo o un vicioso o, simplemente, a que otros se enteren de que no eres el *gentleman* o el *baluarte* o el *modelo ejemplar* que todos creen, es la barrera en la que pueden estrellarse todos tus intentos de curación. Hay personas que prefieren que los vean como pecadores (que pueden convertirse) a que descubran que son enfermos, es decir, barcos hundidos que no pueden salir a flote por sí mismos. ¡Qué papel indispensable juega, pues, la humildad verdadera, que es un profundo, pleno y total reconocimiento de nuestra nada!

Pues bien, si eres un adicto, quiere decir que se ha generado en ti una radical impotencia frente a tu problema. ¿Pero no habíamos dicho que hay en nuestro fondo, al menos antes que la locura nos descalabre completamente, un fondo intacto de libertad? Sí, y precisamente ese fondo de libertad todavía intacta alcanza para hacerte reconocer tu impotencia y para que pidas ayuda y para seguir, luego, todas las directivas que otros te darán, pero no para salir por ti mismo. Digo “otros”, es decir, los que vean bien, porque tú quizá estés ciego, o por lo menos miope. Sin *rendirte* humildemente a Dios y a quienes pueden ayudarte, no saldrás. Y esta rendición es voluntaria, porque no eres un muñeco al que puedan armar y desarmar como marioneta. He ahí el papel de tu libertad. Pero en cuanto pretendas erigirte en tu

propio guía y quieras insistir en que “las cosas no se hacen así”, en que “tú sabes bien lo que te conviene”, en que “esto no es para tanto”, en que “lo que te piden es algo tonto”, en que “ellos no entiende mi problema”, en “que exageran con lo de la gravedad”, etc., debes tomar consciencia de que *no eres tú sino tu enfermedad* la que recobró el mando de tu persona. O sea, recaíste en sus garras.

Tus otras dependencias

No podrás vencer tu problema si no rompes totalmente con el entramado de dependencias en que vives. Quizá te extrañe lo que te digo, pero es una importante verdad. Tú piensas que eres esclavo del sexo, y es cierto; pero es probable que tengas también otras esclavitudes de las que no tienes tanta conciencia, y que refuerzan, sin embargo, aquella que tanto te humilla.

Es probable que dependas excesivamente de la aprobación de los demás, que te abrumen demasiado las críticas, las burlas, el miedo al ostracismo, la indiferencia, el rechazo o la mala fama; y que, por el contrario, pese mucho el gusto por ser bien visto, querido, aplaudido, premiado, considerado, etc. Quizá no dependas tanto del amor o del rechazo de *los otros en general*, pero sí respecto de alguna persona en particular: tu esposa, tus hijos, tus amigos, tu padre, tu madre, etc. En cualquier caso tu libertad está coartada. Si esta es tu situación, nunca harás lo que en conciencia tengas que hacer en caso de que tus decisiones sean mal vistas o creas que puedes perder el afecto de quienes amas.

Quizá tengas también dependencia social o cultural, es decir, influyan mucho sobre ti los criterios del mundo. Te sientes anticuado porque no tienes lo que el mundo considera como esencial del hombre moderno, te sientes estúpido porque no haces lo que todos hacen, realizas gastos innecesarios para tener lo que todos consideran que “hay que tener” aunque no sepas qué uso darle tres días después de comprado, te sientes obligado a cambiar algo que funciona muy bien por el modelo más nuevo, simplemente porque te ha fascinado la propaganda. Entonces eres un esclavo de los criterios masivos creados *a piacere* por los generadores de “necesidades”, es decir, los dueños de la propaganda. Aunque te parezca mentira, esta dependencia refuerza de manera fundamental tu esclavitud sexual.

Puede ser que seas esclavo de caprichos o de prejuicios. Esto es muy común. ¿Alguna vez has puesto una condición *insensata*? Pues a este tipo de dependencia me refiero. Por ejemplo, si sabiendo que la paz de la familia es un valor fundamental, después de una discusión con tu esposa te dices interiormente: “voy a pedirle disculpas *si también ella reconoce* que estuvo mal, o *si acepta* que empezó la disputa, o...”. Puede ser que históricamente tengas razón: esta vez

empezó ella, o ella estuvo mal, o ella fue injusta. Pero si esperas su iniciativa quizá jamás se reconcilien, y por tu tonta condición habrás perdido el amor de tu esposa y quizá tu familia. Es notable cómo vivimos encerrados en este tipo de límites. Y quien se acostumbra a vivir enjaulado tras los barrotes de sus caprichos, difícilmente alcanzará la libertad de otras cadenas más gruesas. Pregúntate siempre una sola cosa: “¿qué quiere Dios que yo haga?”, y hazlo aunque se caiga el mundo.

Finalmente está la dependencia de los propios estados de ánimo: el no soportar sentirse mal, o el desear a todo trance sentirse feliz. Esto genera huidas suicidas y persecuciones desquiciadas. Huida del sufrimiento, de la soledad, del aburrimiento, de la cruz, de la incomodidad, etc., por caminos destructivos: el alcohol que ahoga las penas en el olvido, la masturbación que serena la ansiedad, los calmantes que amortiguan dolores no tan graves. También desencadena cacerías de una efímera felicidad a través de un romance, de una relación sexual inmoral, de un par de horas navegando en páginas pornográficas, de una botella de alcohol o de unos gramos de cocaína. Esta dependencia del estado anímico es la que engendra adicciones y esclavitudes. Creo que es tu caso.

A menos que enfrentes todas, no lograrás vencer esta última.

Entrégate a Dios

No saldrás de esto sin Dios. Mejor dicho: no te curarás si Dios no pasa a ocupar un lugar en tu vida *muy distinto del que ha ocupado hasta ahora*.

Yo sé que en tu caso particular tienes una buena formación cristiana. Me animaría a decir, que sería más fácil para mí darte consejos si conocieses poco o nada de Dios. En cambio, por tu formación me encuentro con la dificultad que cuanto te diga sobre Dios tú me dirás que ya lo sabes y que el problema no va por allí.

Pero yo creo que sí va por allí. Lo descubrirás si haces “hablar” a tus actos.

Me explico: podemos decir que las verdades que creemos se “depositan” en dos “lugares” diversos, donde podemos ir luego a buscarlas para conocer cuáles son nuestras convicciones. El primero es nuestra inteligencia; el segundo son nuestros actos (porque esas verdades son como el alma de nuestras decisiones y acciones, ya que obramos guiados por aquellos principios que aceptamos como válidos). Para saber en qué creemos y qué no creemos o cómo son ciertas ideas que hemos aprendido, podemos o bien revisar nuestra inteligencia o, mejor todavía, ver cuáles son los actos que nacen de nuestro corazón. En algunas personas, sin embargo, nos topamos con el descubrimiento de que unas y otras no concuerdan. Nos dicen, por ejemplo, que creen que Dios es un Padre providente (y lo profesan intelectualmente), pero tiemblan como una hoja cuando ven que el dinero no les alcanza para vivir todo el mes (¿no sería el momento de decir con serenidad: “Dios proveerá”?). Podríamos poner muchos ejemplos de esta dicotomía entre lo que pensamos y lo que obramos.

Tú has recibido nociones muy claras sobre Dios; incluso hablas muy bien de Él. Pero tus actos, tus decisiones, tus temores, tus planes y deseos, ¿dicen lo mismo? ¿No niegas con tus obras lo que afirmas con tu boca?

Dime, pues, o confiésate a ti mismo, cómo es el Dios que *profesas en tus actos* y cuál es el lugar que le das en tu vida *según lo manifiestan tus actos*. ¿Manifiestan tus obras que Dios es verdaderamente tu Soberano o que has sido redimido, o que se ha pagado por ti el precio de la Sangre de Jesucristo? Lo que eliges hacer ¿pone en evidencia que para ti la ley de Dios es la regla suprema del

obrar cristiano? Tus palabras ¿confiesan realmente el valor supremo de la verdad? Tu comportamiento ¿deja en evidencia el valor indiscutible de la familia, del matrimonio y de la fidelidad? Tu modo de vida ¿es el gran testamento que estás preparando para tus hijos? ¿Cuánto tiempo dedicas a la oración? ¿Cómo es tu trato con Dios Padre? ¿Qué haces en los momentos de tentación; a quién acudes, dónde te escondes hasta que pase la tormenta?

Si obras de modo contrario a lo que piensas y a lo que predicas a otros, no te engañes: en realidad estás convencido de aquello que conviertes en vida; y las verdades que sólo cobran vida en ti de la boca para afuera, son nubes que se lleva el viento.

Abandónate en las manos de Dios; confíale tus sufrimientos y tus luchas. Toma conciencia de su presencia y de su acción en tu vida. Aprende a rezarle como Padre, pero esfuérzate en respetarlo como tal. Aprende de Jesús el amor a Dios Padre, y pide al Espíritu Santo el don del temor filial, es decir, del amor intenso que se convierte en temor, no tanto del castigo divino (que tampoco está mal tenerlo de modo equilibrado) sino del temor de ofender a quien amamos.

¿Sabes cuánto vales?

Solo si sabes cuánto hay en juego, lucharás para defenderlo. Por tanto, debes ser consciente de lo que vales para Dios. La inmensa mayoría de los adictos tiene un concepto muy pobre de sí mismo; de hecho la lujuria es una actitud autoagresiva. Si te permites revolcarte por el piso, es porque guardas rencor hacia ti mismo. En realidad no todos los adictos y lujuriosos se desprecian a sí mismos; algunos lo reconocen. Otros, en cambio, creen amarse en exceso y piensan que la lujuria es fruto del amor por sí mismo, y que por eso no se niegan ningún gusto y placer. Pero en todo caso es un falso amor. A quien amo verdaderamente lo protejo y no permito que se haga daño ni que se quite la vida. Al dejar que tus instintos animales gobiernen tu persona, no te haces ningún honor.

Quienes ya han caído en este error difícilmente puedan recuperar la propia estima por caminos puramente naturales o humanos. En todo caso, lo intentan alimentando una falsa confianza en sí mismos: el “¡tú puedes!” que escuchamos en las películas baratas.

Yo te invito a que tengas el mejor de los aprecio por ti mismo, pero no solo por lo que naturalmente eres, sino por lo que has sido transformado por obra de Dios: “has sido rescatado de la conducta necia heredada de tus padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa tuya” (1Pe 1,17-21).

Nunca dejes de mirar las dos verdades de tu ser: tu grandeza y tu miseria. Decía Pascal: “es peligroso hacerle ver al hombre su miseria sin mostrarle su grandeza, y es igualmente peligroso hacerle ver su grandeza sin mostrarle su miseria; y más peligroso todavía dejarlo en la ignorancia de una y otra”.

En lo más profundo del corazón no hay tinieblas sino luz. Para la fe cristiana, aún debajo de las deformaciones que el pecado impone al alma, queda siempre la brasa de luz que es la imagen de Dios, la cual ni el pecado borra completamente aunque embarra y resquebraja, y desde allí se reforma la imagen de Dios en nosotros.

Por eso, aunque tengas que bajar y penetrar en tu interior por capas distorsionadas por el pecado siempre debes guardar la esperanza

de llegar a una tierra firme y sana, capaz de volver a Dios y liberar por la gracia esas energías dormidas para ser santo.

No seas ciego ante tu verdadera grandeza.

Cambia de vida

Tus hábitos viciosos no cederán terreno a menos que modifiques *sustancialmente* tu vida. Si te emperras en sanar o cambiar pero tratando de perder lo menos posible, olvídate de esta carta; no te servirá de nada.

Debes quemar lo que has adorado y adorar lo que has quemado. Es decir, dar un vuelco en tu vida. Ya sé que haces muchas cosas de buen cristiano. Pero muchas otras no; y estas son las raíces que incesantemente producen rebrotes malignos.

A los que se hayan relacionado contigo por cuestiones pecaminosas considéralos muertos, sepultados y olvidados. Y si has estado “involucrado” afectivamente con alguna persona, no sólo debes considerarla muerta en tu corazón sino que debes borrar de tu cabeza todo intento de *estúpido entierro*. He conocido a más de uno y una que han sentido la “necesidad” de cortar “como un caballero” o como “una dama” con aquel o aquella con quienes se ligaron en el pecado. Y, por supuesto, la despedida romántica y leal no hizo otra cosa que echar nafta a un fuego que no estaba extinguido, con lo que se cumplió lo que ya dijo el Señor: “las postrimerías de aquel hombre vinieron a ser peores que los principios” (Lc 11,26).

No debes volver a pasar por los lugares en que pecaste; no debes volver a los antros de tus pecados. Quema cuanto tienes de literatura, música, video, etc., que tenga algo que ver con el pecado o con tu vida pasada. Si tienes que formatear tu computadora hazlo; si tienes que romperla, rómpela; si tienes que empezar a vivir sin teléfono, comienza hoy. No parecerá esto excesivo a un discípulo de Aquel que dijo: “si tu ojo te es ocasión de pecado, arráncatelo...; si tu mano te sirve de tropiezo, córtatela... porque más te conviene perder uno solo de tus miembros y no ir con tu cuerpo entero a la condenación eterna” (Mt 5,29-30). Cuando lo hagas no te sentirás tan mal como supones; en realidad empezarás a saborear la verdadera libertad.

Abre a la luz todo cuanto has tenido oculto: tus malos secretos, todo cuanto puede alimentar tu doble vida; da a conocer tus claves secretas y todo cuanto pueda volverte un hombre con facetas ocultas. Tu esclavitud ha crecido a la sombra de la clandestinidad y

por obra y gracia de ésta. Ahora habrás de ser diáfano como un cristal, o no serás nada.

Debes hacer propósitos sustanciales (no sirven las determinaciones mediocres, ni las prórrogas para más adelante), firmes, y mantenidos hasta el derramamiento de sangre. No digas “mañana empiezo”, o “por una vez me tomo un respiro”. Si estás conectado a un respirador artificial no puedes desenchufarlo por un cuarto de hora. Y cuanto te estoy diciendo es tu respirador artificial.

Todas las noches has de hacer una oración seria, honesta y exhaustiva, en la que examines a la luz de Dios la conducta del día, especialmente en todos estos puntos. Y si has claudicado en algo, deberás pedir perdón y ponerte una penitencia que sea molesta, y si has cedido más de una vez, que la penitencia sea mayor. Si el castigo no te cuesta, no te corregirás.

Semanalmente habrás de dar cabalmente cuenta de tu vida a quien te esté ayudando. Con toda puntualidad. Si la persona a quien pides ayuda no puede dedicarte ese espacio semanal, no te sirve. Busca otro. Puede ser un sacerdote, un amigo serio o, indispensable en algunos casos, alguien puesto por el mismo grupo de ayuda al que aludí más arriba.

Si te sientes mal o ansioso en algún momento, si presentes que estás por entrar en uno de esos ciclos adictivos, si ves que estás perdiendo fuerza, llama inmediatamente por teléfono a quien te ayuda, o habla con tu esposa, o con tu confesor. Y si no puedes hacer ninguna de estas cosas, pon la alarma de tu casa y hazla saltar; cuando lleguen los bomberos no encontrarán fuego ni en tu casa ni en tu alma. Una vez leí de un especialista con mucho sentido común: nadie continúa a estar sexualmente apasionado si de pronto suena la alarma contra incendios.

Si no haces ninguna de estas cosas porque no quieres quedar como un tonto, embrómate; no quedarás como un tonto hoy, pero quizá pases mañana por necio o por desgraciado a los ojos de todos.

Vida sobrenatural

Si tu trabajo se contrae en una lucha puramente natural no llegarás a ninguna parte. Poner toda tu confianza en Dios quiere decir vivir de lleno la vida sobrenatural que nos ha traído Jesucristo. Quizá ya cumplas con algunas exigencias de la fe, yendo a misa, confesándote y rezando. Pero también es posible que no estés haciendo lo suficiente. En este punto permíteme que te transcriba un párrafo de san Pedro que puede iluminarte mucho: “Cíñete los lomos de tu espíritu, sé sobrio, pon toda tu esperanza en la gracia que se te procurará mediante la Revelación de Jesucristo. Como hijo obediente, no te amoldes a las apetencias de antes, del tiempo de tu ignorancia, más bien, así como el que te ha llamado es santo, así también tú santifícate en toda tu conducta, como dice la Escritura: Serás santo, porque santo soy yo” (1Pe 1,13-16). Ceñirse los lomos equivale a nuestro “remangarse la camisa”, es decir, prepararse para trabajar duro; por eso debemos evitar enredarnos con lo que llevamos puesto.

San Pedro nos exhorta a ser *hijos obedientes*; ¿a qué? A los mandamientos divinos. “Desamoldándonos” de las apetencias de la carne por las que uno vive como un pagano. Esto significa que debes trabajar sobre los criterios de tu mente. No debes pensar como un pagano, que es lo que haces cuando pecas, porque al pecar dejas de lado lo que te dice la fe y aceptas, al menos mientras dura tu pecado, los criterios del mundo.

No debes aspirar a ser bueno sino santo. Ser santo significa ser “excelente”, porque la santidad es la excelencia; si no aspiras a la excelencia del espíritu, jamás pasarás de mediocre; y si te quedas en la mediocridad serás siempre un esclavo. Y tienes que ser santo porque Dios es santo; este es el motivo por el que Él nos exige ponernos esta meta. No por otro motivo, aunque esta tendencia a la santidad produce muchos otros beneficios, el primero de los cuales es que sólo siendo santo serás también un hombre cabal. Ignacio de Antioquía, camino al martirio, pedía a sus amigos que no se interpusieran salvándole la vida, porque consideraba que solo a través del martirio —he aquí sus palabras— “seré verdaderamente un discípulo de Jesucristo... porque cuando sufra, entonces seré un hombre libre en Jesucristo”. Lo que él dice del martirio tú aplícalo a la santidad: ella es lo único que puede

devolverte esa humanidad y esa libertad perdida en la esclavitud del vicio.

Para aspirar a la santidad tienes que entregarte totalmente en las manos de la Madre de Dios, porque Ella es el molde de Jesucristo y quienes se vuelcan en su regazo adquieren la forma de Cristo. Reza todos los días el santo Rosario, y rézalo en familia. ¿Te da vergüenza porque nunca lo has hecho? Vécete a ti mismo. ¿Quieres verdaderamente salir de tu esclavitud? Comienza por destrozarse las cadenas de tu mala timidez, la timidez de hacer el bien, que se llama respeto humano.

No te limites a ir a misa los domingos. Ve también de vez en cuando entre semana; y llega unos momentos antes con tu Biblia y lee unos versículos de los evangelios tratando de aplicar a tu vida lo que lees. “La Palabra de Dios es viva y eficaz” (Hb 4,12) y cura el alma.

Confíate a menudo y busca un buen sacerdote para que dirija espiritualmente tu alma; pero hazte discípulo dócil. De nada te sirve tener un director espiritual si no haces caso preciso de sus consejos. No lo engañes; abre tu alma y oblígale a obedecerlo en todo.

Comulga con la mayor frecuencia que te sea posible; pero hazlo con el corazón purificado por el arrepentimiento y la confesión de tus pecados; y cuando tengas presente a Jesús en tu corazón, confíale tu lucha.

Haz penitencias, aunque sean pequeñas. Niégate algunos gustos. El saber decir “no” a nuestros caprichos y gustos fortalece la voluntad, mientras que darse todos los gustos la ablanda. Renuncia a los placeres innecesarios aunque sean inocentes, por lo menos a algunos; si quieres tener la fuerza necesaria de rechazar las grandes tentaciones contra la pureza, has de probarte primero que eres capaz de privarte de una golosina, o de un cigarrillo, o de lo que sea; cada uno sabe dónde le aprieta más el zapato.

Estos son algunos rasgos de la vida del espíritu; no todos, pero los sustanciales. Sin vida sobrenatural no se vencen los vicios.

Perdona

No sé si en tu caso particular hay personas que tengan alguna responsabilidad sobre tu problema. En muchos casos es así. Hay esclavos del sexo que han caído en esto porque de pequeños fueron abusados, o porque sus padres los educaron en el desenfreno, o porque no les enseñaron a decir que no a ningún capricho. Otros cayeron en esto víctimas de la falta de un verdadero clima familiar, o por haber sido abandonados por su padre o por su madre. Otros entraron por este camino de la mano de malos amigos que los empujaron al vicio cuando eran todavía inocentes. O puede haberles sucedido otras desgracias que me resulta imposible enumerar aquí.

Si te ha sucedido alguna de estas cosas, o has sido herido moral o físicamente de manera grave, entonces será condición fundamental de tu curación el que aprendas a perdonar.

Sin perdón no hay ninguna curación.

No hay daño que no podamos perdonar con la gracia de Dios. Jesús nos perdonó y nos excusó cuando lo estábamos clavando en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. He escuchado el testimonio de muchísimos que siguen imitando hoy a Cristo. Recuerdo el de la madre que perdonó en público al asesino de su hijo, y el de aquella muchacha con tremendas secuelas físicas que perdonó, ya grande, al médico que intentó abortarla sin éxito (y que la dejó lisiada de por vida) y a su madre, quien luego de haber fracasado en el aborto, la abandonó. Con mucho orgullo decía, cada vez que daba testimonio de su vida: “lo hago porque soy cristiana”.

Hay innumerables personas que son esclavas de vicios, de remordimientos, de odios, y hasta de perturbaciones psíquicas, que están atadas en su dolor por un solo hilo: el rencor.

Perdonar no es olvidar. No es tampoco excusar: quienes hicieron el mal a sabiendas, hicieron el mal y no el bien. Tampoco es encontrar explicaciones: quizá las haya, pero no siempre las conoceremos. Puedo entender que si Dios lo permitió es porque me han de venir, por esos mismos males, más grandes bienes. Y también puedo rezar por esas personas, por su conversión y por su salvación. “¿Perdonas a Alejandro?”, le preguntó el sacerdote a María Goretti, aludiendo al muchacho que le había destrozado los intestinos a cuchilladas por haberse resistido a pecar con él; y ella, con su último

aliento le respondió: “No solo lo perdono sino que rezaré para que esté conmigo en el cielo”.

Si tienes que perdonar perdona.

Repara

Y quizá hayas hecho daño. Porque nuestros pecados hacen daño.

Has hecho daño a tu esposa y a tus hijos. Aunque no sepan ellos nada de tu vida de pecado. El daño es objetivo, al menos porque no tienen el esposo ni el padre que necesitan y que merecen. ¿Cuánto mejor modelo de tus hijos serías si no te hubieras desgastado con tus pecados? ¿Cuánto mejor esposo habrías sido si hubieses forjado tu corazón con la virtud de la fidelidad? Eso de que has privado a tu familia, es un daño.

Has perdido tiempo; quizá mucho. Y el tiempo no se recupera más.

Has herido a la mujeres que miraste con lujuria y sobre todo a la que has cortejado mal y a la que has hecho cómplice de tu pecado. Al pagar por ella, permitiste que se vendiese, como si fuese un pedazo de carne o un bien mercantil. Por tanto, la humillaste. Jesús la rescató con su sangre; tú le pediste que se vendiese de nuevo para divertirse un rato. Si tú y los demás que hacen lo mismo que tú no estuviesen dispuestos a pagar por una pobre desgraciada, no habría proxenetas dedicados a esclavizar mujeres para lucrar con ellas. Sí, no te olvides que la prostitución es una de las esclavitudes de nuestro tiempo, de las más humillantes y destructivas. Y quien paga por una meretriz alimenta las mafias que las reclutan y las oprimen. De la pornografía dígame otro tanto.

Has herido a la Iglesia de Dios, a tu Patria y al mundo entero, porque “el alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero”, escribió Juan Pablo II.

Por eso debes reparar.

No lo digo para ahondar tu herida. Todo lo contrario. En realidad solo cuando, en la medida que nos es posible, reparamos, se cierran definitivamente nuestras heridas. Mientras no repares algo permanece roto en tu corazón.

Comienzas a reparar cuando empiezas a dejar de hacer el mal.

Reparas cuando miras a la mujer como mirarías a tu madre y a tu hija, es decir, con reverencia.

Reparas cuando haces penitencia de tus pecados.

Reparas cuando pides perdón a quienes has ofendido; y si no puedes, porque esto acarrearía mayores males, cuando rezas y te sacrificas por ellos.

En fin...

Querido Saulo, te he escrito, conforme me has pedido, lo que me ha dictado el corazón. Soy consciente que esto no basta para ayudarte; pero puede ser el comienzo. Ahora debes buscar ayuda personal y ponerte en las manos de quien, semana a semana, y quizá más de una vez por semana, vaya arrojando luz en tu alma. Pero debes también poner *todo* de tu parte.

No esperes soluciones fáciles. A grandes males, grandes remedios o nos quedamos sin remedio. Lamentablemente cuando se obra mal, no siempre se pueden dar soluciones cómodas.

Perdona la dureza de muchos de los términos que he usado. Ha sido por tu bien. No quiero que cargues sobre tu conciencia una familia destruida, ni que arrastres la maldición de tu pecado sobre los que todavía amas.

Sé que algunas de mis palabras pueden hacerte sufrir. Acepto que te enojés conmigo si te parecen excesivas o si no son las que esperabas, pero tengo la esperanza de que, al menos a la larga, mis palabras amargas preserven tu alma de la perdición. Busca ser santo.

Y cuenta con mis oraciones.

Un sacerdote